



Sentir el cambio. Aproximaciones williamsianas a *El aire* de Sergio Chejfec

Silvina Sánchez¹
UNLP - CONICET
silvina_sanchez80@hotmail.com

Resumen: El trabajo recupera algunos aspectos de la teoría cultural de Raymond Williams, particularmente la imaginación creativa como capacidad de todos los seres humanos así como también los vínculos entre lenguaje, comunicación y nuevas descripciones de la experiencia, con la finalidad de indagar la narrativa argentina de los años noventa en relación con los procesos sociales que se sucedieron a partir de la plena implementación del orden neoliberal. Se concentra en *El aire* de Sergio Chejfec para proponer una lectura que, inspirada por la perspectiva williamsiana, observa aspectos no del todo atendidos por las interpretaciones predominantes que, desde la intervención incipiente de Beatriz Sarlo, han concentrado su mirada en las representaciones del espacio urbano, resaltando el carácter anticipatorio, premonitorio y aún profético de la novela. Por el contrario, la ponencia prefiere analizar, no tanto lo que *El aire* prevé del futuro, sino fundamentalmente lo que testifica del presente, es decir los modos en que configura la experiencia y siente el cambio social.

Palabras clave: Literatura argentina - Años noventa - Lenguaje - Experiencia

Abstract: This paper uses some aspects from Raymond Williams's cultural theory, especially the concept of creative imagination as every human being's capacity as well as the connections of language, communication and new descriptions of experience. The aim is to enquire Argentinian narrative in the 1990s as regards the social processes which happened since the complete implementation of the neoliberal order. It is focused on *El aire* by Sergio Chejfec to suggest a reading which, inspired by Williams's perspective, observes aspects not fully dealt with by the predominant interpretations that have centred their attention on representations of the urban space, highlighting the anticipatory, premonitory and even prophetic nature of the novel since Beatriz

¹ **Silvina Sánchez** es Profesora en Letras (UNLP) y becaria doctoral del Conicet. Ha participado en Jornadas y Congresos de la especialidad con trabajos dedicados fundamentalmente a la literatura argentina contemporánea, indagando los vínculos entre ensayo y ficción en las poéticas de Cohen y Chejfec, la construcción de los sujetos sociales y el problema de la alteridad en novelas de Aira, Bizzio, Fogwill y Martini, entre otros temas. Como parte de su trabajo en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), participa en proyectos de investigación grupales, en actividades docentes y en la organización de eventos académicos.



Sarlo's incipient intervention. On the contrary, the dissertation prefers not to analyse what *El aire* foresees about the future, but mainly what it testifies about the present; that is, the modes in which it organises experience and feels social change.

Key words: Argentinian literature - 1990s - Language - Experience

1. Un ofrecimiento de experiencia

“Cuando hay preguntas que hacer, debo echar hacia atrás mi silla, observar mis papeles y sentir el cambio.” (Williams *El campo* 32)

Al finalizar la segunda guerra mundial, Raymond Williams recibe la baja del ejército y retorna a Cambridge luego de cuatro o cinco años de alejamiento de la vida universitaria. Cuando se encuentra con un colega que también acaba de salir del ejército, ambos se reconocen demasiado preocupados no por el pasado transcurrido sino por el nuevo y extraño mundo que los rodeaba. Cuenta Williams que, prácticamente de manera simultánea, los dos dijeron: “el hecho es que no hablan el mismo idioma” (*Palabras clave* 15). Ese momento en que ambos comprenden cuánto están siendo modificadas ciertas palabras, tonos y ritmos, es decir cuán evidente se ha tornado el desarrollo de la lengua que ha devenido otra en tan solo algunos años, es también testimonio de que la guerra ha significado un acelerado proceso de cambios. Además, es el momento en que lenguaje y experiencia colisionan para mostrar que sus encuentros pueden ser acoplamiento o incongruencia, roce o fuga, fricción, excoria, tanteo.

Sin embargo, la historia de una lengua no es sino uno entre los muchos modos en que se manifiesta el vital esfuerzo creativo que hacemos los seres humanos para darnos un mundo. Según Williams, toda nuestra experiencia es una versión humana del mundo que habitamos, donde el proceso de percepción de las cosas y sus relaciones depende estrechamente de la posibilidad de describirlas. Todos poseemos una “imaginación creativa”, una capacidad para “encontrar y organizar nuevas descripciones de la experiencia”



(Williams *La larga revolución* 39). Pero esas descripciones solo lo son en sentido pleno cuando adoptan una forma comunicable, la organización de la experiencia va indisolublemente ligada a la posibilidad de transmitirla y compartirla con otros.

Hay circunstancias en que las descripciones y significados disponibles, convencionales, se revelan insuficientes para transmitir aquello que estamos viviendo. Para organizar la experiencia debemos hacer un esfuerzo creativo, encontrar nuevos significados y nuevas descripciones. Williams emparenta ese estado, anterior a la concreción de la descripción, con un “dolor físico”, malestar que persiste mientras esa nueva experiencia es desorganizada, perturbadora, mientras sentimos el cambio y nos empeñamos en poder configurarlo (*La larga revolución* 39). De esta forma, los significados, lejos de permanecer fijos o constantes, “se proponen, se buscan, se someten a prueba, se confirman, se afirman, se califican y se modifican” (Williams *Palabras clave* 16), y esto aparece de modo evidente en el lenguaje, cuando se inventan nuevas palabras o se adaptan y transforman términos anteriores. Por tanto hay comunidad entre el pasado de un lenguaje y su condición presente, pero también hay “cambio radical, discontinuidad y conflicto” (Williams *Palabras clave* 27). Así, para Williams, los problemas de significado están siempre insertos dentro de las estructuras de órdenes sociales específicos y los procesos de cambio social e histórico. Lejos de pensar a la lengua como reflejo de la sociedad y la historia, Williams postula que el lenguaje interviene activamente en la producción de la experiencia y es un elemento constitutivo de la práctica social material.

Si todos tenemos una “vida imaginativa vital” (Williams *La larga revolución* 37) y el esfuerzo creativo es una capacidad humana general, imaginación y creación dejan de ser el reducto exclusivo, y excluyente, del arte. Esto no implica relegar la especificidad del arte sino pensarla de otro modo, no como producto de unas pocas mentes inspiradas, no como descubrimiento de “lo nuevo”, tampoco como extremo culto al procedimiento, la técnica o el trabajo formal, y menos aún como mera reproducción, y por tanto refuerzo, de



la ideología dominante. Williams concibe el arte en términos de la organización de la experiencia, donde la comunicación, como hecho social y como actividad también creativa, se convierte en un punto crucial. El arte es un “ofrecimiento de experiencia” (Williams *La larga revolución* 42). Pero además, piensa al arte como aquella actividad que se encuentra especialmente dotada para configurar y transmitir una experiencia que “al parecer no es comunicable de otro modo” (Williams *La larga revolución* 46). Ahora bien, ¿qué es eso que solo, o fundamentalmente, puede ser expresado en la literatura y el arte?

Al finalizar *Solos en la ciudad. La novela inglesa de Dickens a D. H. Lawrence*, Williams admite que gran parte de la experiencia social ordinaria se ve directamente representada y reflejada en aquello que llamamos una ideología o superestructura. Sin embargo, “queda un área de experiencia social vital que no logra encarnarse allí” (*Solos en la ciudad* 227, cursiva en el original). Miguel Dalmaroni ha utilizado la figura del resto para expresar eso que queda, ese sentido vital real que no puede ser articulado ni representado por la ideología. El resto, según Dalmaroni, es “ese ‘suplemento’, ese ‘incalculable’, que se efectúa y nos afecta como tal porque nunca hay para él, en rigor, una *memoria* de ‘significaciones establecidas” (“Lo que resta” 15, cursiva en el original). Ese resto, que se escapa de “lo fijo, lo explícito y lo conocido”, que todavía se halla “en proceso”, “en solución”, es “la innegable experiencia del presente”: “esto, ahora, aquí, vivo, activo” (Williams *Marxismo y literatura* 150 156 150 151). El arte, según Williams, viene de ahí, de “esa vida común e inalienable” (*Solos en la ciudad* 227), y es especialmente poderoso para configurar esa “comunidad particular de experiencia” (*La larga revolución* 57).

Si algo coinciden en afirmar la mayoría de los autores que se han dedicado a estudiar, opinar o reflexionar sobre la década de los noventa en Argentina, ya sea en el ámbito específico de las ciencias sociales o en el periodismo político y cultural, es que se caracteriza por ser un periodo donde se han producido hondas transformaciones. Es decir, suele destacarse que la implementación de las políticas neoliberales estuvo signada por ciertos rasgos

III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

de profundidad, radicalización y virulencia, de modo tal que, de forma acelerada y en un breve periodo de tiempo, a la vez que se consolidaba un nuevo modelo de acumulación, y por tanto se trastocaban las características del capitalismo argentino, se produjeron alteraciones inusitadas en la economía, la política, la sociedad y la cultura. Así Svampa advierte “una fuerte mutación y reconfiguración de la sociedad”, “en medio de una dinámica vertiginosa y, a la vez, muy inestable” (*La sociedad excluyente* 10 12). Avanzada la década, y sobre todo luego de los episodios de diciembre del 2001, aparecen formulaciones que enfatizan la idea de una “crisis” que se replica en los más diversos espacios y dimensiones: se habla de “un país en crisis social” (Armony y Kessler “Imágenes de una sociedad” 92), “una profunda crisis del estado” (Mancebo “La sociedad argentina” 181), una “crisis sin precedentes, a la vez política y económica” (Novaro *El derrumbe político* 11), así como también de una “crisis de socialización” (Mancebo “La sociedad argentina” 190), y, en relación a la ciudad de Buenos Aires, una sumatoria cuantitativa de crisis que permite caracterizar a la situación urbana como “colapso” (Gorelik *Miradas* 191). Asimismo aparece toda una serie de figuraciones del fracaso, ligadas a imágenes del derrumbe y la derrota, que se replican en la trayectoria que va desde las expectativas de vida personal y familiar a la construcción de un proyecto colectivo de país. Sarlo habla de una sociedad donde la mayoría de los hombres y mujeres están “inevitablemente destinados a la frustración y el fracaso” (*La ciudad vista* 93), Gorelik resalta el “fracaso definitivo de la política como instrumento de cambio” (*Miradas* 174), Abraham anuncia que “se derrumbó la Argentina que soñaba con la modernidad democrática y republicana” (“Polo” 103). A estas figuraciones se suma una constelación de palabras, tales como “gran desilusión”, “frustración”, “desolación”, “desaliento”, que se escuchan de modo recurrente.

Sin embargo, recuperar la perspectiva de Raymond Williams implicaría ante todo preguntarnos cuál es la experiencia del presente, tal como es vivida y sentida activamente, y no solo lo que se piensa, se dice, se escribe o se teoriza respecto a lo que se está viviendo. Cuáles fueron los sentimientos,

conmociones, incertidumbres efectivamente vividos cuando la experiencia social todavía se hallaba en proceso, antes, o paralelamente a, ser cristalizada como crisis, colapso, fracaso, derrumbe, desmoronamiento, derrota, caída, en los discursos del intercambio plenamente articulado y definido. Y aquí también la teoría de Williams invitaría a poner nuestra atención fundamentalmente en la literatura y el arte, para formular algunas preguntas que aún quedan por hacer. Qué es eso que se hace presente en las novelas del periodo y que “no tiene nombre mundano, social, dado y dicho” (Dalmaroni “Lo que resta” 30). Qué muestra la literatura cuando, en lugar de petrificar la experiencia en ciertos conceptos compartidos y formas fijas, la deja permanecer como tensión, inquietud, latencia, en disolución. En fin, qué testifica la literatura cuando de lo que se trata es de *sentir el cambio*.

2. El despertar

“De este modo, percibía que la verdad no necesariamente debía estar en lo más hondo, sino muy posiblemente en otro lugar.” (Chejfec *El aire* 146)

Quién no ha sentido alguna vez cierta confusión al momento del despertar. Ese instante de vacilación, que no se deja definir en un estado pleno, ni dormido ni despierto, se mece impuro en el entre dos. Se debate en medio del sueño y la vigilia sin ser ninguno, pero trayendo sus escorias y sus restos. Varias veces *El aire* de Sergio Chejfec se detiene en el despertar del protagonista, momentos donde Barroso se encuentra “rodeado de oscuridad”, en un “fondo de negrura” (98) o impactado por “un tipo de luz absoluta” “en el límite de la incandescencia” (185).² En esas ocasiones, el protagonista “no supo dónde” (28), o “en qué momento del día estaba” (69), los cantos de los pájaros “le parecieron irreales” (43), lo conmovió “la escasa claridad del aire” (69), se sintió estar con “la mente en blanco” (44). A medida que cada despertar avanza los contornos difusos de lo real comienzan a ordenarse, a

² Todas las citas que se indican solo con número de página pertenecen a la siguiente edición de la novela analizada: Chejfec, Sergio. *El aire*. Buenos Aires: Alfaguara, 2008.



III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

hacerse tangibles, el estado de extranjería se disuelve en “el lugar propio, seguro, familiar” (28). Por otro lado, y quizás en sentido inverso, si recordamos que la novela comienza con la partida de la mujer del protagonista y además con el incendio de su oficina, podríamos pensar que todo lo conocido y familiar se ve resquebrajado. Barroso queda así doblemente desafiado, “como una burbuja suspendida en el aire” (13 189), instalado en una especie de “tiempo neutro, disponible” (27), despojado de pautas, obligaciones y medidas. Todo, los objetos y su ropa, su casa, el barrio, la ciudad, comienza a alterarse, a parecer distinto de lo habitual.

No debemos dejar de reconocer que *El aire* es una novela que ha sido objeto de muchos trabajos por parte de la crítica y la investigación literarias. Desde la incipiente lectura de Beatriz Sarlo, donde señala el homenaje a Martínez Estrada y postula que la novela hace girar el imaginario urbano de la literatura argentina, las interpretaciones han puesto sobre todo el énfasis en las representaciones de la ciudad y sus cambios. Así, según Sarlo, la literatura de Chejfec se define por el espacio que representa (“Anomalías” 396), y *El aire* puede leerse como una “alegoría urbana” (“La ficción inteligente” 393); según Reati “el tema de la novela es efectivamente Buenos Aires” (*Postales* 110), según Korn la novela “recorre la nueva trama urbana” (“Si habrá crisis” 257), y también Saítta, Jajamovich y Oeyen focalizan su análisis en la dimensión espacial. Estas lecturas suelen organizarse en torno a la idea de extrañamiento, en el segundo de los modos mencionados anteriormente, es decir, como una “desfamiliarización del paisaje urbano habitual” (Reati *Postales* 112). Lo extraño se manifiesta fundamentalmente en el avance paulatino de la naturaleza sobre lo urbano, una ciudad que se pampeaniza al tiempo que se desintegra, pero también en otra serie de cambios, como la aparición de viviendas precarias en las terrazas de los edificios, los asentamientos ubicados en zonas del casco urbano y no en la periferia, el reemplazo del dinero por el vidrio para las transacciones comerciales, entre otros. El protagonista “redescubre su ciudad” (Saítta “La narración de la pobreza” 98) y se inquieta ante “la pérdida de lo conocido” (Reati *Postales* 114).



III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

Estas interpretaciones han insistido en el carácter anticipatorio, premonitorio y aún profético de la novela, por tanto suelen ubicar la narración “en tiempo futuro” (Sarlo “La ficción inteligente” 393), como “una de las propuestas más sugerentes sobre las mutaciones futuras de la ciudad” (Reati *Postales* 109). Y, en algunos casos, donde *El aire* es entendida como una ficción posapocalíptica, suele pensarse como “un relato en clave” que, según Reati, “en el fondo puede ocultar un mensaje para el lector”, donde las imágenes consideradas posapocalípticas inducen a “reflexionar sobre las agendas inconclusas del proceso modernizador” y encierran “un comentario y una advertencia sobre el rumbo de la historia nacional” (*Postales* 110 182 116). Es, según Oeyen, una “distopía crítica”, “una herramienta conceptual para advertir de ciertas tendencias sociopolíticas” (*Escrituras del derrumbe* 80).

Ahora bien, una aproximación williamsiana como la que estamos proponiendo nos invitaría a leer la novela de otro modo. Primero porque nos alentaría a mirar lo social no allí donde se manifiesta de modo más evidente y definido. Es decir, además de señalar cuáles son esas transformaciones que construye la novela podríamos preguntarnos por las formas en que el cambio es efectivamente sentido, no solo cómo se altera la ciudad sino fundamentalmente cómo son percibidas y significadas esas mutaciones por parte de los sujetos. Además, implicaría poner el énfasis, no tanto en el carácter anticipatorio de la novela, es decir no en lo que prevé del futuro, sino en lo que testifica del presente. Y aquí podríamos recuperar los numerosos momentos en que el protagonista se ubica a sí mismo en el presente, entendido no como sucesión temporal, sino como plena duración: “un verdadero y puro presente”, “un presente continuo”, “exterior y exiliado del tiempo”, que es vivido como una “perturbadora tensión” (54 85 130). Por último, esta lectura williamsiana nos induciría a concebir la literatura no como reducto que oculta un mensaje escondido, en clave, ni como herramienta conceptual y crítica, sino como un acontecimiento que hace presente aquello que se escapa al orden de la representación y sucede “muy posiblemente en otro lugar” (146),

III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

otra parte ajena a la transmisión de comentarios, reflexiones, conceptos, mensajes, formulaciones críticas, anuncios proféticos y advertencias.

Entonces, siguiendo a Williams, lo que deberíamos preguntarnos es cómo la novela configura la experiencia. Por un lado, y volviendo a las escenas del despertar, podríamos pensar que la experiencia se sitúa en el momento del cambio, es decir, ni claramente familiar ni definitivamente extrañada, la experiencia está siendo en el entre dos. Quizás no podríamos hablar de “desfamiliarización del paisaje urbano” (Reati *Postales* 112) sin inferir una zona ya determinada y evidente que la novela no termina nunca de habitar. El entre dos implica mucho más un devenir que cualquiera de los dos extremos de una trayectoria, un trance, ese momento de vacilación, confuso, inestable, donde las sensaciones son contradictorias, se resisten a la significación y permanecen “flotando sobre su ambigüedad” (13). Así se debate el protagonista, entre lo previsible y lo insólito, entre lo circunstancial y lo definitivo, entre la repetición automática y la agotadora sorpresa, entre la materialidad sensible y la “apariencia engañosa de las cosas” (146). La ausencia de su mujer se manifiesta como “una silueta próxima y lejana a la vez” (189), entre lo demasiado cercano y lo inalcanzable, mientras él no logra nunca decidirse, entre irse y quedarse, entre el suceder increíble y la verdad inequívoca, entre la angustia impaciente, el desánimo, la agonía. Y la novela no lo dice, representa o anticipa, sino que siente el cambio, ese sentido vital real que nos constituye y nos afecta.

Si nos preguntáramos cómo son configuradas las transformaciones y las crisis, podríamos postular que el cambio se organiza, fundamentalmente, en torno a las relaciones, y tensiones, entre lenguaje y experiencia. De este modo, estaríamos poniendo el énfasis en los modos en que aparece y se concibe el lenguaje, una dimensión no suficientemente explorada de la novela. En *El aire* son muchos los acontecimientos y sensaciones que se anuncian, se prefiguran o se constituyen en y por el lenguaje. En primer lugar, se inicia con un trozo de lenguaje, el fragmento de un libro que es leído por Barroso e interpretado como prefiguración de una vida. El mismo fragmento es repetido al final, esta vez sin



III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AEICD

comillas e incorporado a la escritura principal, conformando una estructura repetitiva y circular donde esa vida que se anunciaba como preludeo ha acontecido en la biografía del protagonista. Por otro lado, la partida de su mujer tiene lugar como un hecho de lenguaje, es a partir de una carta que Barroso se entera de que ha sido abandonado por Benavente. Esa primera carta va mutando en la organización de sus palabras y su sintaxis cada vez que es vuelta a leer por el protagonista, de modo tal que “lo permanente –atributo de lo escrito– se convertía en fugaz” (29), y allí donde se intentaba comunicar una certeza clara y contundente, adviene la duda. La novela se escande al ritmo de la espera de nuevas noticias de Benavente y llegan dos cartas más que anuncian nuevas postas en su recorrido por Uruguay. Las notas son observadas por Barroso con tenacidad, “con la mirada fija sobre la hoja”, para encontrar una clave oculta o alcanzar “el sentido final de las palabras” (151). Sin embargo no recibe de lo escrito nada, un vacío silencioso y neutro que refracta cualquier interpretación, rémora de la ausencia. Además, Barroso es un asiduo lector y coleccionista de la prensa, la novela incorpora los artículos periodísticos al tiempo que él los evoca, los hojea o los lee. Si en un comienzo pareciera que Barroso se interesa por los diarios para sistematizar la complejidad de lo actual en una cronología y un saber organizados, luego aparecen ciertas torsiones que alteran sus modos de leer. Así se relaciona con la prensa según un “vínculo de prelación invertido”, de modo tal que aquello que lee aparece realizado al día siguiente (72), o también ejerce una lectura arbitraria que salta desordenadamente entre la pila de periódicos, provocando “un fondo de confusión en la sucesión indefinida de titulares, fotos y textos” (75).

Pero quizás lo más interesante respecto al lenguaje sea el reconocimiento de un devenir otro de la lengua. Es decir, la novela testifica un cambio en los usos del lenguaje, experimentado por Barroso cada vez que “traduce” una palabra actual a su versión “arcaica” (36) y “antigua” (126), o recuerda las frases, tonos y matices de un momento anterior de la lengua, vinculado con su infancia o juventud. Barroso es incapaz de ignorar las

III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

variaciones del lenguaje y esta imposibilidad se replica en el narrador de la novela que no puede dejar de testimoniar cada una de las traducciones operadas en la mente del personaje. Así, vamos a encontrar, de manera intermitente y constante, este doble acontecer de las palabras, marcado por el uso de signos tipográficos ostensibles, a veces con la referencia al acto de evocación realizado por Barroso, como por ejemplo cuando se dice “frente a los escaparates de los comercios –‘las vidrieras de los negocios’, tradujo a su idioma infantil” (56), otras veces directamente reponiendo los dos usos, uno seguido y diferenciado del siguiente: “churrascos cocidos –‘Hechos’– a la plancha” (15), “una radio prendida –‘Encendida’–” (29), “ropa tendida – ‘Colgada’–” (43), entre otros.

Tal vez lo que se narra en la novela no es tanto la constatación de un nuevo estado del lenguaje, donde las palabras viejas han sido definitivamente reemplazadas por las actuales, sino ese trance de la experiencia donde los distintos modos del lenguaje, aún cuando puedan distinguirse, acontecen simultáneamente, se superponen, se chocan, se repelen, se aluden y se tocan, proliferar de las palabras que bullen en conflicto. A la vez, la insistencia regular de vocabularios duplicados, resaltados con énfasis en su marcación, se convierte en una interrupción obstinada del relato. Ese momento en que el lenguaje se ve alterado e interferido puede quizás ser leído como síntoma de una subjetividad que siente los cambios como una dislocación entre el lenguaje y su experiencia. El sujeto no puede dejar de sentirse afectado por el malestar que le produce el presente, una experiencia desarticulada, extraviada, para la cual las descripciones y significados disponibles se revelan insuficientes. Si no hay modo de configurar la vivencia con cierta “*memoria* de ‘significaciones establecidas’” (Dalmaroni “Lo que resta” 15, cursiva en el original), si las palabras se debaten entre lo arcaico y lo nuevo sin llegar a transmitir ese “sentido particular de la vida” (Williams *La larga revolución* 57), no queda sino experimentar perturbaciones en el discurrir de un lenguaje que circula y se corta, que permanece disruptivo, dejando sin nominar ese resto incalculable. Pero además, si no logramos describir la experiencia tampoco podremos

III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AEICD

comunicarla, compartirla con otros. El cambio, ese dolor físico que no tiene nombre dado, paraliza y aísla. Entonces, dislocada la experiencia, no hay comunidad posible. Solo quedan los gestos mínimos, esa “generosa benevolencia ofrecida sin reparos” (182), o “esperar el final como efecto de la aflicción” (188).

Bibliografía

- Abraham, Tomás. “Polo en la década del ‘90”. *Imágenes de los noventa*. Comp. Alejandra Birgin y Javier Trímboli. Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2003. 99-123.
- Armony, Víctor y Gabriel Kessler. “Imágenes de una sociedad en crisis. Cuestión social, pobreza y desempleo”. *La historia reciente. Argentina en democracia*. Comps. Marcos Novaro y Vicente Palermo. Buenos Aires: Edhasa, 2004. 91- 113.
- Chejfec, Sergio. *El aire*. Buenos Aires: Alfaguara, 2008.
- Dalmaroni, Miguel. “Lo que resta (un montaje)”. *Contratiempos de la memoria en la literatura argentina*. Eds. Miguel Dalmaroni y Geraldine Rogers. La Plata: Edulp, 2009. 15-37.
- Gorelik, Adrián. *Miradas sobre Buenos Aires: historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004.
- Jajamovich, Guillermo. “Literatura y ciudad pos-expansiva en *El Aire* de Sergio Chejfec”. *Revista Afuera. Estudios de crítica cultural*. Nº 2 (2007).
- Korn, Guillermo. “‘Si habrá crisis, bronca y hambre...’. Literaturas urbanas”. *De Alfonsín al menemato (1983-2001). Literatura argentina siglo XX*, Tomo 7. Comp. Rocco Carbone y Ana Ojeda. Buenos Aires: Paradiso, 2010. 256-267.
- Mancebo, Martha. “La sociedad argentina de los 90: crisis de socialización”. *Los noventa. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*. Comp. Daniel Filmus. Buenos Aires: Eudeba-Flacso, 2005. 177-199.
- Novaro, Marcos (comp.). *El derrumbé político en el ocaso de la convertibilidad*. Buenos Aires: Norma, 2002.



III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

Oeyen, Annelies. *Escrituras del derrumbe. Ciudades posapocalípticas: Marcelo Cohen y la narrativa argentina posdictatorial*. Tesis de Doctorado, Universiteit Gent, 2011.

Reati, Fernando. *Postales del porvenir. La literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*. Buenos Aires: Biblos, 2006.

Saítta, Sylvia. "La narración de la pobreza en la literatura argentina del siglo XX". *Revista Nuestra América*. Nº 2 (2006): 89-102.

Sarlo, Beatriz. "Anomalías. Sobre la narrativa de Sergio Chejfec". *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007. 394-397.

Sarlo, Beatriz. "La ficción inteligente. (Sobre *El aire* de Sergio Chejfec)". *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007. 391-393.

Sarlo, Beatriz. *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.

Williams, Raymond. *Solos en la ciudad. La novela inglesa de Dickens a D. H. Lawrence*. Barcelona: Debate, 1997.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 2000.

Williams, Raymond. *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.

Williams, Raymond. *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2008.

Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós, 2011.